

**ANÁLISIS DE LOS LUGARES Y LAS REDES ORGANIZATIVAS. EL CASO DEL
MOVIMIENTO POR LA PAZ CON JUSTICIA Y DIGNIDAD DURANTE EL
SEXENIO DE FELIPE CALDERÓN**

Palma López María de los Angeles
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

RESUMEN

A pesar de que la identidad colectiva es un elemento recurrente en la reflexión sociológica de las últimas décadas, su estudio en los movimientos sociales (MS) ha restado importancia a las relaciones de poder donde están situados geográficamente los actores. Por muchos años, se ha naturalizado y obviado al lugar reduciéndolo a un mero contenedor de la vida social y a un elemento contextual de la acción colectiva. El presente trabajo pretende problematizar como el lugar es un factor constitutivo de la identidad colectiva, ésta se edifica en determinadas coordenadas físicas que influyen en la configuración de sentimientos, discursos, símbolos, redes de actores y prácticas. Se toma como estudio de caso al Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD)

PALABRAS CLAVE: lugar, identidad colectiva, redes, movimientos sociales, MPJD, memoria colectiva.

ABSTRACT

Although collective identity is a recurring sociological reflection of recent decades element, its study in social movements has downplayed power relations where actors are geographically located. For many years, it has become naturalized and obviated the place reducing it to a mere container of social life and a contextual element of collective action. This paper aims to problematize as the place is a constituent factor of collective identity, it is built in certain physical coordinates that influence in shaping feelings,

speeches, symbols, networks of actors and practices. It is taken as a case study the Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD)

KEY WORDS: place, collective identity, networks, social movements, MPJD, collective memory.

De la estrategia del horror a la estrategia del dolor

El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD), al igual que el levantamiento Zapatista, se levantó con un grito de indignación moral. Con un *¡ya estamos hasta la madre!* y un *¡no más sangre!* encabezado por el poeta Javier Sicilia, se articuló un método de acción colectiva poco convencional: la movilización en caravanas del centro a la periferia del país. La aparición del movimiento estuvo marcada por el asesinato del hijo de Sicilia —Juan Francisco Sicilia Ortega. El hijo del poeta fue asesinado junto con otras seis personas más. El titular de la Procuraduría General de Justicia del Estado (PGJE) —Pedro Luis Benítez Vélez— señaló, ante dicho evento, que los ejecutados pertenecían al crimen organizado y que, debido a ello, el ejército los había dado de baja.

Hasta entonces, el discurso oficial del gobierno federal catalogó a las ejecuciones — como la perpetrada sobre el hijo de Sicilia— como acciones realizadas contra sujetos pertenecientes al crimen organizado o como daños colaterales (2). A consecuencia, Javier Sicilia abandonó su profesión como poeta para esclarecer la verdad acerca de los brutales asesinatos, denunciando que las muertes —incluyendo la de su hijo— no eran daños colaterales, ni se limitaban a gente perteneciente al crimen, sino que se incluían víctimas inocentes de la militarización (3). Acto seguido, encabezó una serie de manifestaciones que posteriormente consolidaron el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD).

La noción de víctimas en dicho movimiento dotó de sentido a la acción colectiva y permitió instrumentarla. El MPJD se movilizó en tres caravanas (norte, sur y E.U.A) partió

del centro geográfico y político del país (el zócalo de la ciudad de México) hacia las regiones mártires: *los epicentros del dolor*. A su vez, se asentó en lugares emblemáticos — plazas centrales, monumentos, lugares de resistencia civil e inclusive iglesias—, donde se rememoraron a los muertos mediante el discurso. El movimiento generó un discurso “no oficial” que les dio voz en la esfera pública a los familiares de las víctimas. En cada lugar, miles de personas expresaron con emotividad la historia de sus parientes. En este sentido, las caravanas fueron un proceso de socialización, una metodología de encuentro que permitió sintonizar y reconocer que la violencia producto del Estado no era un caso aislado.

La movilización en caravanas representó la dimensión expresiva del movimiento. Me refiero a ellas —retomando a Tamayo (2013)— como una ocupación y utilización del lugar que pasa a formar parte del repertorio de protesta y de participación. Con regularidad, la movilización se utiliza como una forma de contextualizar los acontecimientos. No obstante, esta expresa formas de participación estratégica-simbólica, confrontación y simbolización de los conflictos sociales, que configuran identidades. La ocupación y utilización del lugar contiene una dimensión cultural clave de la política de los movimientos sociales. En ella, se advierte la forma en que los actores se hacen visibles para el público y sus adversarios, visibiliza los campos de disputa con otros actores, muestra el mensaje que se quiere transmitir y los individuos que se articulan. Vista así, la movilización “viene más allá de la apariencia misma de la protesta y se convierte en una forma simbólica y en un reflejo nítido del conflicto político” (Tamayo y Cruz 2005,15), de modo que forma parte de la construcción identitaria. De ahí la necesidad de pasar de la reseña al análisis.

Una relación insoslayable entre identidad-lugar y redes. Notas teóricas

El análisis de la identidad colectiva, por su multiplicidad conceptual y su carácter interdisciplinar, no ha dejado de ser objeto de controversia. Por un lado, distintas

disciplinas —Psicología, Antropología, Filosofía y la Sociología— han realizado distintos esfuerzos por definirla, limitándose a estructurar su función, tales disciplinas han estructurado su definición bajo las cuestiones ¿quién soy? y ¿quiénes son los otros frente a mí? La especificidad de las lógicas para responder conlleva a considerar distintos elementos que a veces coinciden y otras veces se contraponen.

De manera que es importante preguntarse ¿Qué es la identidad colectiva? Por principio la identidad no es un hecho observable, es “un proceso en el cual los actores en interacción con otros atribuyen sentidos a su vida y a los sistemas de organización en el que están inmersos” (Della Porta y Diani 2006,93). Los actores no son un receptáculo éstos tienen la capacidad de definirse a sí mismos al negociar, producir, apropiar significados y relaciones. No está determinada ni definida de una vez y para siempre, sino que se adapta y reconfigura incesantemente. Tal como señala Tamayo y Wildner (2005), surge, cambia, construye sus límites, desarrolla conciencia, resistencia, conservadurismo o negociación, producto de relacionales situacionales.

La identidad colectiva significa que los actores tienen algo en común. Implica reciprocidad de perspectivas y sentimientos que permiten, construir canales de comunicación para caracterizar, nombrar o categorizar el mundo, a su vez, constituyen marcos de interpretación a partir de los cuales llevan a cabo sus conductas. Por otra parte, está atravesada por el conflicto y se lleva a cabo dentro de contextos socio-históricos concretos que, aunque no son determinantes, orientan las acciones de los *actores*.

Atravesada por el poder y el conflicto la identidad es objetivada en el lugar, en símbolos, objetos, discursos. El lugar es una geografía de significados, es “un soporte material y simbólico en donde se imbrican diversas temporalidades —presente, pasado y futuro” (Kuri 2013,90). De ahí que los actores sociales, en interacción con otros,

desarrollen sentimientos positivos o negativos que los lleva a decidir y actuar de manera peculiar. Sí bien los límites geográficos son una parte importante del lugar, su esencia no reside en ello, sino más bien en “la intencionalidad ampliamente inconsciente que define a los lugares como centros profundos de la experiencia humana” (Aguilar 2012, 130).

Al mismo tiempo, estructura lógicas de poder que configuran y hacen emerger ciertas redes sociales —un conjunto bien delimitado de actores-individuos, grupos, organizaciones, comunidades, sociedades, etc. —. De manera que, el lugar alberga distintos puntos de contacto. Configura ciertas redes sociales de acuerdo al espacio (contexto social) y al área geográfica que es impactada por dicho espacio. Por consiguiente, las redes están constituidas de forma geográfica y simbólica.

Una lectura socio espacial de la identidad del MPJD

Entender al lugar como elemento analítico de los MS, implica considerarlo como construcción y constructor de la vida social. Su estudio implica comprender cómo tal elemento influye en las formas de organización de los actores, sus luchas, interpretaciones, estrategias y, para lo que concierne en la siguiente investigación, en la configuración de identidades colectivas. El lugar contiene elementos estratégicos y simbólicos. Por un lado, delimita los parámetros de la acción colectiva a través de la movilización. Por otro, estructura distintas lógicas de poder que configuran y hacen emerger ciertas redes sociales. De manera que el lugar alberga distintos puntos de contacto que en interacción “debilita las fronteras entre el yo y el otro” (Jessop 2008,82).

No existen movimientos sociales sin lugar. La acción colectiva se cristaliza en una dimensión geográfica. No obstante, no todos los MS centran su estrategia política y simbólica en él. Retomando a Jessop (2008), existen dos formas de acudir al lugar: “lugar para sí mismo” y “lugar en sí mismo” En el primero, es el medio y el fin de la

movilización; los actores se movilizan en su defensa. En el segundo “lugar en sí mismo”, tiene una función estratégica y simbólica que alimenta la lucha. En esta última se inserta el MPJD. Su movilización por una geografía particular le permite obtener redes sociales y configurar un campo político que le admite definirse para sí y para su adversario.

El lugar, de acuerdo a su estructura física y simbólica, estructura ciertas rutas “por la disposición de las calles mismas, por los significados simbólicos atados a determinados recorridos, o porque ciertos puntos de llegada poseen una fuerte carga estratégica o de significado” (López 2010,53). Lo anterior me permite afirmar que la ocupación de ciertos lugares conlleva un proceso de deliberación. Álvarez Icaza señala que la decisión de recorrer ciertos lugares mediante caravanas conformó un proceso de dialogo: “quienes participamos en el movimiento tuvimos la discusión de qué formas emplear para hacer frente a la violencia sin perder la dimensión humana de por medio” (Álvarez 2013,39). Los lugares recorridos tienen una intencionalidad simbólica-política. No son contenedores estáticos y carentes de contenido político, justamente son un campo de hegemonías y resistencias, es decir, un entramado de poder. En este sentido, es pertinente preguntarse ¿por qué el MPJD decide movilizarse en caravanas? y ¿cuál es el sentido de ocupar cierta geografía?

El desplazamiento en caravanas significa construir y evidenciar la ruta de las víctimas. Ante la negación y criminalización de las víctimas por el gobierno y muchos de los ciudadanos, las caravanas son una expresión del dolor individual hecho público y una contestación crítica al discurso gubernamental. Miguel Álvarez señala “caminamos porque era necesario, porque no había ruta, no había otro camino, tuvimos que hacer el camino” (Álvarez 2013, 35). La caravanas son una metodología de encuentro, de sensibilización y de denuncia, “un espejo del dolor en México que permite reconocerse en el contexto de la

violencia y la injusticia” (Álvarez 2013, 35). Este procedimiento marca una ruta transgresora; va a contra flujo; “no avanza hacia donde está el poder político, va a donde casi nadie va y donde hay mucho por construir” (Arriagada y Lajous 2011). Con regularidad, los movimientos suelen desplazarse de la periferia hacia el centro político del país. El MPJD centra las acciones de las caravanas del centro hacia afuera, llega al centro político (el zócalo de la ciudad de México) para después recorrer los lugares de las víctimas. Una vez que llega al lugar, se moviliza a la inversa, de la periferia hacia el centro político-simbólico local (plazas, zócalos, monumentos, etc.).

A su vez, las caravanas contienen un marco interpretativo de las orientaciones valorativas del movimiento. Este último, configura un conjunto de códigos dicotómicos: “paz/guerra, justicia/injusticia, víctima/ victimario, perdón/odio, memoria/olvido que proporcionan el marco de sentido a una serie de movilizaciones y actos públicos” (Palma 2013,27). La movilización se caracteriza por delinear una orientación pacifista para confrontar a la autoridad y a los responsables, por exigir un alto a la guerra y proponer asumir una estrategia de seguridad que conlleve a la paz. Su paso por los lugares reivindica el sentido más elemental de la sociedad —la vida— dándoles rostro y voz a los familiares de las víctimas a través de la conciencia y la memoria. Ameglio comenta lo siguiente:

Una caravana no representa sólo una acción de movilización masiva no violenta, sino que es una columna “civil y pacífica” que permite romper el cerco (para) militar —el de la violencia— en esos territorios, apoyar material y moralmente a los pobladores, llevar solidaridad, visibilizar nacional e internacionalmente las condiciones de su sufrimiento e injusticia (Ameglio, 2013: 23).

Por lo tanto, la movilización en caravanas es transgresora del orden físico y simbólico institucional. No sólo se disputan intereses sino visiones del mundo.

Como he tratado de señalar, los lugares delimitan los parámetros de la acción colectiva a través de la movilización. Al mismo tiempo, estructuran lógicas de poder que configuran y hacen emerger ciertas redes sociales —un conjunto bien delimitado de actores-individuos, grupos, organizaciones, comunidades, sociedades, etc. — de manera que el lugar alberga distintos puntos de contacto. También, configura ciertas redes sociales de acuerdo al espacio (contexto social) y al área geográfica que es impactada por dicho espacio. En él se movilizan ciertos actores colectivos e individuales. Por consiguiente, las redes están constituidas de forma geográfica y simbólica.

Los lugares introducen dinámicas relacionales que cambian de acuerdo al lugar, lo que implica que un cambio de lugar en la movilización implica la reconfiguración de actores y significados. La movilización, al desplazarse a través de distintos puntos geográficos, es un mecanismo para conectar potenciales aliados. “Diversas personas con intereses comunes se comunican con otros, evalúan similitudes y exploran posibilidades de acción conjunta” (Nicholls 2009, 85). Los activistas “comparten rasgos comunes y descubren una trama discursiva de gran alcance para articular sus preocupaciones comunes” (Nicholls 2009, 87). La conexión de distintos actores-individuos, grupos, organizaciones, comunidades, sociedades, etc. en el lugar permite a los activistas participar en interacciones cara a cara, lo que crea fuertes vínculos emocionales.

¿Cómo se conectan de forma simbólica, solidaria y estratégica una pluralidad de actores? A través de marcos de significación. Se ha hecho alusión a que los lugares delimitan los parámetros de la acción colectiva y a las redes que emergen. El hecho de manifestarse en ciertos lugares bajo ciertos actores lleva consigo *prácticas de apropiación*. Los actores justifican una relación afectiva y emotiva al trazar su ruta. Por *prácticas de apropiación* se considera “la disposición de la presencia y la defensa del territorio ocupado;

es la acción de posicionarse espacialmente (o de un objeto) y asumirse simbólicamente desde dentro como poseedor” (Tamayo, Granados y Minor 2010,236). Retomando a Guzmán (2005) la apropiación tiene dos dimensiones que convergen de forma recíproca: acción y sentimiento.

La primera dimensión hace referencia a una posesión y ocupación física. Los actores se apropian de sitios públicos —plazas, monumentos, calles, zócalos, edificios, etc. — para fines determinados. Dichos sitios tienen lo que Vidal y Pol (2005) denominan un simbolismo *a priori*, —territorios con un significado político determinado. Maurice Halbwachs señala que los objetos materiales y lo sitios son un mundo invisible — “contienen lazos que nos unen con un gran número de sociedades, sensibles o invisibles” (Halbwachs 2011,188) — ya que en estos se plasman instancias de la vida social (sucesos, procesos, transformaciones, etc.). La segunda que expone Guzmán es la dimensión afectiva y cognitiva, que propicia la posesión física. Se resume al nombrarlo de forma posesiva, mi calle, mi lugar, etc. Vidal y Pol (2005) señalan que, si bien ya existe un simbolismo *a priori*, los actores otorgan un simbolismo *a posteriori* “al transformar ese significado inicial determinado en otro distinto e incluso contrario” (Vidal y Pol 2005,287). La forma de apropiarse de esta dimensión es a través de la evocación de ciertos hechos o acontecimientos que impactan la vida social del grupo, es decir, a través de la *memoria colectiva*.

Se denomina *memoria colectiva* (4) al “relato construido socialmente sobre un hecho del pasado, donde se cruza facticidad, subjetividades y significación, los rituales, las políticas de conmemoración y los afanes identitarios” (Huffschmid 2010,354). No fue suficiente que el MPJD utilizara únicamente datos estadísticos, fue necesario que se compartiera un sentimiento de dolor, de injusticia, indignación e impotencia, para que se

lograra comprender, reconocer y construir el sentido del movimiento. Dicha evocación existe mediante el recuerdo. El recuerdo es la “reconstrucción del pasado que se realiza con ayuda de datos tomados del presente” (Halbwachs 2011, 118). Si sólo se hubieran tomado los datos tales como fechas o noticias, se tendría un marco vacío, “sería el conocimiento abstracto el que intervendría y no la memoria” (Halbwachs 2011,118). Por ello, el recuerdo acude a ideas más o menos precisas de lo que ocurre ayudado “por relatos, testimonios y la confianza de los demás” (Halbwachs 2011, 117).

En cada lugar recorrido por el MPJD, miles de personas expresan con emotividad la historia de las víctimas, devolviéndoles su humanidad. “Los muertos fueron dejando de ser fría estadística y se tornaron en rostros y nombres concretos, dejando de ser ajenos y ajenas, gente desconocida” (Molina 2013,67). “No fue lo mismo decir el muerto número tal, a decir: es mi hija y se llama Rocío. Era joven y con muchas ganas de vivir” (Sánchez 2013,68). A través de este proceso, los individuos escuchan el relato de los demás. Esto propicia similitudes en su discurso.

La evocación de sucesos tales como la desaparición de familiares, el homicidio, represión a migrantes y abuso de poder, logran construir un marco común; el marco de las víctimas, es decir, un *nosotros*. De esta forma, el recuerdo colectivo es el elemento que permite conformar sitios para consagrar, proteger y denunciar diversos momentos y hechos. Esto implica que, desde la perspectiva de Pierre Nora, se construyen lugares que permiten acceder al pasado, es decir, “*lugares de memoria*” (5). De allí que autores como Huffschmid (2013) y Tamayo (2007) afirmen que los lugares —como las plazas centrales— tengan voz y vida propia. No se trata de mistificar o humanizar el lugar, sino más bien, de situarlo en el terreno de la semiosis.

A modo de conclusión

La visión que se ha desarrollado hasta aquí, se concreta en incorporar las variables de lugar y redes como elementos constitutivos de la identidad en los movimientos sociales. La apropiación del lugar es un proceso dialéctico por el cual se vinculan redes sociales y lugares en un contexto político particular. Los lugares estructuran lógicas de acción colectiva e inciden en el tipo de actores que emergen y que se incorporan a la movilización. La experiencia que se tiene en el lugar influye en la percepción y confrontación de los conflictos. Al mismo tiempo, los actores lo reconfiguran a través de sus narrativas y memorias. Las redes sociales elaboran la percepción de sí mismos y de su ambiente atendiendo a un patrimonio de símbolos y de imágenes que permite a los actores percibirse como iguales en cuanto que hay una identificación con el lugar y con los otros, y una diferenciación con otros actores en relación con el lugar y sus dimensiones subjetivas

El desplazamiento realizado por Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD), toma sentido en relación al espacio de violencia en que surge. Los lugares a los que acude, se caracterizaron por tener los mayores índices de violencia —los lugares víctimas—. Su utilización funciona como un medio para evidenciar al sector afectado y negado por el gobierno federal. Al mismo tiempo, es una dimensión afectiva y cognitiva para los afectados. A través de la movilización, los actores articulan sentimientos, preocupaciones e historias que les permite configurar un “nosotros” y señalar un “ellos”. Los propios conflictos de los lugares incidieron en las redes que se entretejieron. Dichas redes gestaron la difusión del movimiento, crearon oportunidades para que distintos actores individuales y colectivos se adhieran y participaran en las caravanas construyendo un espacio más amplio del movimiento.

- (1). Jaime Gabriel Alejo, Jesús Chávez, Julio César y Luis Antonio Romero, Álvaro Jaimes y María del Socorro Estrada.
- (2). Daños no intencionados o daños accidentados a construcciones o/y personas producto de acciones militares dirigidas a blancos enemigos.
- (3). A partir del año 2006 el gobierno federal emprendió una estrategia para combatir al narcotráfico en todo el territorio nacional. Calderón a diferencia de otros presidentes declaró la guerra de manera abierta y comenzó a abrir mediante operaciones en conjunto frentes simultáneos en todo el país.
- (4). El sociólogo francés Maurice Halbwachs en 1985 introduce la noción de memoria colectiva como un proceso social que reconstruye el pasado vivido y experimentado por determinado grupo, comunidad o sociedad.
- (5). Los lugares de la memoria aclara Nora pueden ser eminentemente funcionales (banderas, himnos, lemas) o materiales (monumentos, edificios o paisajes).

Bibliografía

Libros:

Castells, Manuel, 1998, La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad, vol. 2. Madrid, Alianza, editores.

Della Porta, Donatella y Diani Mario, 2006, Social movements an introduccions, USA: Blackwell, editores.

Halbwachs, Maurice, 2011, La memoria colectiva, Argentina, Miño y Dávila, editores.

Lefebvre, Henri, 1974, The production of space, USA, Blackwell, editores.

Capítulo de libro:

Aguilar Díaz, Miguel, 2012, “Antropología urbana y lugar: Recorridos conceptuales”, En Nuevas topografías de la cultura, coords. Ángela Giglia y Amalia Signorelli, México, editorial Juan Pablos.

Álvarez Gándara, Miguel, 2013, “Las Caravanas del MPJD, un peregrinaje inacabado”, En Las caravanas del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad: Itinerarios de una espiritualidad en resistencia, México, editorial Centro de Estudios Ecuménicos.

Álvarez Icaza, Emilio, 2013, “Si las víctimas salieron, entonces el país tiene horizonte”, En Las caravanas del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad: Itinerarios de una espiritualidad en resistencia, México, editorial Centro de Estudios Ecuménicos.

Ameglio, Pietro, 2013, “Caminar y luchar: acción y espiritualidad no violentas”, En Las caravanas del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad: Itinerarios de una espiritualidad en resistencia, México, editorial Centro de Estudios Ecuménicos.

Chichu Amparan, Aquiles, 2002, “Introducción”, En Sociología de la identidad, coord. Aquiles Chichu, México, editorial Miguel Ángel Porrúa.

Guzmán Ríos, Vicente, 2005, “Apropiación, identidad y práctica estética: un sentir juntos del espacio”, En Identidades Urbanas, coord. Sergio Tamayo y Kathrin Wildner, México, editorial UAM Azcapotzalco.

Huffschmid, Anne, 2010, “Mirar la memoria. Lecturas de la extraña (da) Plaza de Tlatelolco”, En Yo no estuve ahí pero no olvido. La protesta en estudio, coords. Alejandro López, Nicolasa López, Sergio Tamayo y Ricardo Torres, México, editorial UAM Azcapotzalco

López Gallegos, Alejandro, 2010, “Anatomía de la protesta: dinámica, espacio, memoria y representación”, En Yo no estuve ahí pero no olvido. La protesta en estudio, coords. Alejandro López, Nicolasa López, Sergio Tamayo y Ricardo Torres, México, editorial UAM-Azcapotzalco.

Molina, Marta, 2013, “De víctimas a organizadores”, En Las caravanas del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad: Itinerarios de una espiritualidad en resistencia, México, editorial Centro de Estudios Ecuménicos.

Sánchez Suarez, José Guadalupe, 2013, “La caravana del Consuelo: del dolor a la esperanza”, En Las caravanas del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad: Itinerarios de una espiritualidad en resistencia, México, editorial Centro de Estudios Ecuménicos.

Tamayo, Sergio 2013, “Análisis multidimensional de la cultura política de los movimientos sociales”, En Cultura (y) Política, coord. Alejandro López Gallegos y Sergio Tamayo, México, editorial UAM-Azcapotzalco.

Tamayo, Sergio y Wildner Kathrin, 2005, “Espacios e identidades”, En Identidades Urbanas, coord. Sergio Tamayo y Kathrin Wildner, México, editorial UAM Azcapotzalco.

Tamayo, Sergio, Granados Azucena y Minor Fredy, 2010, “Identidades colectivas y cultura política. La protesta estudiantil”, En Yo no estuve ahí pero no olvido. La protesta en estudio, coords. Alejandro López, Nicolasa López, Sergio Tamayo y Ricardo Torres, México, editorial UAM Azcapotzalco.

Artículos de revista:

Arriagada, Mario y Lajous Andrés, 2011, “Caravana del consuelo: la marcha que camina al revés”, NEXOS (julio).

Giménez, Gilberto, 1992, “La identidad social o el retorno del sujeto en la sociología”, Versión (abril), México.

Jessop, Bob, 2008, “Theorizing sociospatial relations”, Environment and Planning : Society and Space (june), Nueva York.

Kuri, Edith, 2013, “Representaciones y significados en la relación espacio-sociedad: una reflexión teórica”, Sociológica (abril), México.

Nicholls, Walter, 2009, “Place, networks, space: theorising the geographies of social movements”, Royal Geographical Society (diciembre).

Tamayo, Sergio y Cruz Xóchitl, 2005, “Espacios imaginados y las formas simbólicas del EZLN”, Anuario de espacios urbanos, México.

Tamayo, Sergio, 2007, “Las Plazas sí votan. Etnografía política comparada de los cierres de campaña electoral, 2000-2006”, Sociológica (septiembre-diciembre), México.

Vidal, Tomeu y Pol Enric, 2005, “La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares”, Anuario de Psicología (diciembre), Barcelona.

Tesis:

Palma López, María de los Ángeles, 2013, El repertorio de la protesta y los lugares de la memoria. El caso del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad. Tesis de Licenciatura, UAM Xochimilco.